

¿Cómo funciona la mente de un escritor? Nota a *La parte inventada* de Rodrigo Fresán

Long Marco BAO
Università di Padova

Escribo. Escribo que escribo. Mentalmente me veo escribir que escribo y también puedo verme ver que escribo.

[Salvador Elizondo, *El geógrafo*]

La primera impresión que se puede sacar de una lectura de *La parte inventada*, la última novela de Rodrigo Fresán, es que se trata en primera instancia de una reflexión sobre el mismo acto de escribir. Eso evoca la cita de Salvador Elizondo que aparece como *exergo* de *La tía Julia y el escribidor* de Vargas Llosa, pues efectivamente el escritor argentino parece escribir que escribe o, a lo mejor, sobre gente que escribe:

Tengo una idea completamente romántica de la figura del escritor. El tipo de idea, supongo, que otros tienen – durante su niñez – de la figura de astronautas o de deportistas o de bomberos o, pobrecillos, presidentes. Fue muy raro eso para mí: el saber desde siempre que yo quería ser un escritor. Incluso antes de saber escribir. [...] Para mí un escritor es alguien que vuela hasta las profundidades del universo, compite por algo, lo gana, y regresa con ello para iluminar un poco, apenas, la oscuridad. Pero sin que haga falta de salir de casa. Siempre quise ser escritor por lo que –todo parece indicarlo, y no puedo decir que me molesta que así sea– siempre querré *hacer* escritores. (*La parte inventada*, Barcelona: Random House, 2014, p. 84-85)

A lo largo de sus novelas y cuentos Fresán ha ido construyendo su propio estilo laberíntico, frenético y metaliterario; un estilo que nos hace percibir todos sus textos como las enloquecidas astillas de una única y grande historia y que nos restituye la sensación de que, al final, nunca se puede contestar definitivamente a la pregunta “¿de qué tratan las novelas de Fresán?”¹. *La parte inventada*, por supuesto, se conforma con esta norma y la amplifica extremizándola.

El título de la novela ya estaba presente en el epígrafe de *Historia argentina* que justamente empezaba con una frase sacada de una carta dirigida a Francis Scott Fitzgerald. El escritor estadounidense acababa de publicar *Tender is the night*, una novela que en larga medida podía entenderse como una biografía de sus amigos Sara y Gerald Murphy y, por eso, el mismo Gerald escribe a Fitzgerald: “sólo la parte inventada de nuestra historia – la parte más irreal – ha tenido alguna estructura, alguna belleza”.

¹ Como dijo su editor Claudio López Lamadrid durante la presentación de *La parte inventada* el día 20 de febrero 2014 en la librería La Central de Barcelona.

Justo las cartas que se intercambian los dos norteamericanos y la emblemática situación de Fitzgerald, frustrado por el trato que le reservan los críticos años después del inesperado éxito de *The great Gatsby*, constituyen el tema central de una de las partes de las que se compone la nueva novela de Fresán. Una parte muy experimental que Fresán construye como si se tratara de una libreta de *biji*² y que representa otro intento más del escritor argentino de abordar el tema de la escritura desde una perspectiva inusual e inesperada. Por otro lado, las otras partes de la novela se desarrollan alrededor de la figura del emblemático “Escritor”, personaje de evidente y descarada inspiración autobiográfica. El mismo Fresán sugirió la idea de una novela que, sin lugar a dudas, se puede considerar una autoficción cuando, presentando *La parte inventada*, afirmó que en esta obra trata continuamente de proyectar otra versión de sí mismo o, más bien, una versión suya cuyo volumen ha sido aumentado a once (refiriéndose a los aparatos que reproducen música y cuyo volumen se mide en una escala de cero a diez). En este sentido, resulta ser aún más eficaz la idea que propone Enrique Vila-Matas cuando, en su reseña para *El país*³, habla de Fresán como de un ventríloquo, aludiendo al sutil juego de máscaras con el que el escritor argentino juega a disfrazarse en la novela, proponiéndonos una versión suya distorsionada o desdibujada.

La novela empieza restituyendo al lector un retrato de la infancia del Escritor para proseguir con la historia de dos jóvenes (llamados “el Chico” y “la Chica”, evocando a personajes de otras obras de Fresán como “la Chica rara” de *El fondo del cielo* o la “chica que cayó en la piscina” de *La velocidad de las cosas*) que tratan de realizar un documental sobre su vida. Sucesivamente, Fresán intenta acercarnos a este personaje recurriendo a una forma narrativa – la de una saga familiar – que tanto éxito le procuró con *Mantra*: nos cuenta entonces la vida de Penélope, la hermana del Escritor, y su relación con los Karma, la familia de su novio que, precisamente, recuerda la dinastía de los Mantra en la homónima novela. Las otras partes vuelven a fijarse más en la figura del Escritor presentándolo primero como un hombre paranoico e hipocondriaco internado en un hospital de Barcelona (aunque se hable tan sólo de una imprecisada ciudad B.), y luego como una entidad muy rara y poco terrenal: de repente este personaje viaja a Suiza y después de un misterioso experimento con un acelerador de partículas se convierte en una presencia etérea (evidente y descarada es la contaminación con la ciencia ficción, género con el que Fresán ya había flirtado en *El fondo del cielo*). Por último, *La parte inventada* se concluye con una serie de posibles comienzos para una novela, que representan otra cara de la difícil tarea de escribir, y con un final emblemático y declaradamente abierto e inacabado, como, según Fresán, nunca acaba el deseo de un escritor de seguir escribiendo.

² Se trata de un género literario chino. Una libreta de *biji* puede contener notas, canciones, poesías, aforismas, proverbios, anécdotas, etcétera. Por eso, se parece muy a menudo a un cuaderno de notas en el que el autor escribe todo lo que le parece interesante.

³ http://cultura.elpais.com/cultura/2014/03/10/actualidad/1394468591_304477.html

Las partes de la novela representan todas diferentes perspectivas, estratégicamente caóticas y desordenadas, sobre el hecho de escribir y sobre el escurridizo perfil de quien se precie de este nombre. *La parte inventada*, más que seguir una trama única y homogénea, parece tratar de responder continuamente y de manera hipertrófica a la pregunta *¿cómo funciona la mente de un escritor?*, sin dejar de interrogarse y reflexionar sobre la función misma de la literatura en nuestras vidas “aceleradas y aumentadas de volumen”. Se trata de una novela que se presenta con todas las peculiaridades de la escritura de Fresán: copiosas listas y elencos, digresiones esquizofrénicas, conmixión de elementos pop con disquisiciones literarias, laberintos narrativos, etcétera. Dicho de otra manera, casi se podría afirmar que se trata de una novela totalizadora, que compendia la mayoría de las obsesiones fresanianas, repleta de referencias y guiños a sus obras precedentes, escondidos entre las líneas de un texto que, con ensordecedora polifonía y su experimentalismo estilístico, reúne magistralmente los aspectos más innovadores de *Mantra* y de *La velocidad de las cosas*. Como decíamos, componen la “sinfonía” una serie de personajes que se conforman como entidades mayúsculas sin nombres propios (el Chico y la Chica, el Niño, etcétera) y que, contagiados por la literatura y atraídos por su propio imán literario, o sea la emblemática figura del Escritor, se alternan en la novela intentando recomponer el rompecabezas endemoniado de la historia de un fantasma: el alter ego ficcional del Rodrigo Fresán. Por eso, adquieren importancia temas biográficos y muy relevantes para el escritor argentino como el de la infancia y el de la familia. La familia, en particular, aparece como una presencia obsesiva, a saber, para compensar una ausencia en “la parte real” que se convierte en omnipresencia en la “parte inventada” y hasta como sátira irreverente de la “gran saga familiar buendiesca” o, más bien, de sus meras imitaciones comerciales.

La parte inventada es una novela que reflexiona sobre la creación literaria pero también sobre la lectura y sus infinitas posibilidades, valorando, por supuesto, las “partes inventadas”. Unas partes que, al final, resultan ser más verdaderas que una realidad que Fresán define “sobrevalorada”, y que, según lo que dijo el mismo escritor durante la primera presentación de la novela, convierten “lo que ocurrió en lo que debería haber ocurrido”. Nos acompaña por estos caminos posibles un muñequito de hojalata, un juguete a cuerda⁴, un hombre de metal cargando una pesada maleta. Obsoleto e incansable viajero, este muñequito aparece en todas las secciones del libro y en cierta medida parece alterar el destino de los personajes que lo encuentran en los momentos tópicos de sus historias. Se trata también de una especie de talismán, de un fetiche típicamente fresaniano En su interior

⁴ Presentando *La parte inventada* en la librería La Central de Barcelona Fresán cuenta que este juego existe de verdad y que en un momento difícil y delicado del proceso de escritura de su novela su hijo Daniel lo vio en el escaparate de una tienda y le dijo al padre que aquel hombrecito de hojalata se convertiría en la imagen de portada de su próximo libro. Según el escritor argentino, este es el momento clave en el que se concretiza el aspecto de *La parte inventada*.

esperan páginas y páginas en negro y no en blanco, páginas cubiertas por ideas y palabras y situaciones geniales listas para ser suyas. (*La parte inventada*, 226-227)

Este muñequito constituye otra alegoría del escritor y representa la verdadera esencia de esta novela. A pesar de la invención de nuevos y modernos juegos tecnológicos él sigue marchando hacia atrás como por un defecto de fabricación, un vicio impune, el de la escritura que te condena a llevarte a cuesta su pesado arsenal de historias y versiones de historias inacabadas. Como él sigue Fresán, perpetrando su enfermedad *vintage*, dando voz a las partes inventadas que habitan el doble fondo de su maletín. “Verdaderas” y necesarias siempre que tengan “alguna estructura y alguna belleza”.

Y esa parte, que muchos dirán que de tan divertida sólo puede ser la parte inventada, se acaba aquí. (*La parte inventada*, 216)